

UN MES.

Madrid... 6
Prov. 3 meses... 20

EL OMNIBUS,

LECTURAS PARA TODOS.—SE PUBLICA CADA CINCO DIAS.

UN AÑO.

Madrid... 60
Prov. 3 meses... 20

SUMARIO.

Al presente número acompañan: Un pliego de EL SPERONARE, por Alejandro Dumas.—Uno idem de la HISTORIA UNIVERSAL, por Costanzo.—Uno idem de la novela FE, ESPERANZA Y CARIDAD, y una lámina, por Flores.—Uno idem de la HISTORIA DEL REINADO DE FELIPE SEGUNDO, por Prescott.

TURENA.

Enrique de la Tour d' Auvergne, vizconde de Turena, nacido en Sedan el 14 de setiembre de 1614, era el hijo segundo de Enrique de la Tour d' Auvergne, duque de Bouillon, y de Elisabeth de Nassau, hija de Guillermo I, príncipe de Orange. Descendiente de una familia calvinista, de la que todos los miembros habían tomado una parte muy activa en todas las revueltas del siglo XVI, Turena anunció muy pronto su carácter frío, reservado, una razón superior, cualidades que le distinguían de todos los suyos, gentes bastante turbulentas y que le garantizasen todo esceso.

Se desarrolló bastante tarde; su inteligencia era tardía, difícil, no le gustaba más que las relaciones de guerras y de combates; leía á César y Quinto Curcio, y hallaba en su lectura un grandísimo interés. Se refiere que á los diez años desafió á un oficial veterano, porque acusaba á Quinto Curcio de no ser otra cosa que un forjador de cuentos. Sin embargo, débil y enfermizo como se hallaba, dió un mentís á su afición á las armas, así que le creyeron dispensado de dedicarle á este noble oficio. Mas no se dió por vencido, y para probar que era capaz de soportar la fatiga, pasó una noche entera sobre las murallas de Sedan, donde se le encontró dormido sobre la culreña de un cañón.

A los doce años tuvo la desgracia de perder á su padre; algunos años después partió para Holanda, donde fué á adiestrarse en la carrera de las armas con Mauricio de Nassau, su tío; quiso comenzar por ser simple soldado, y en esta clase soportó una porción de fatigas y privaciones. En 1680 obtuvo una compañía, que mandó contra el famoso Spínola, y dió muestras en muchas circunstancias de un valor que le hizo notable. Había pasado cinco años en Holanda, donde adquirió los mejores principios estratégicos, y aprendió el arte de los sitios.

Ciertos arreglos de su madre con el cardenal de Richelieu, con motivo del principado de Sedan, habían hecho necesario el viage del joven Turena á París; fué bien recibido en la corte. Nombrado coronel de infantería, sirvió en Lorena á las órdenes del mariscal de La Force; ascendido muy pronto á mariscal de campo, fué con el cardenal de La Valette en so-

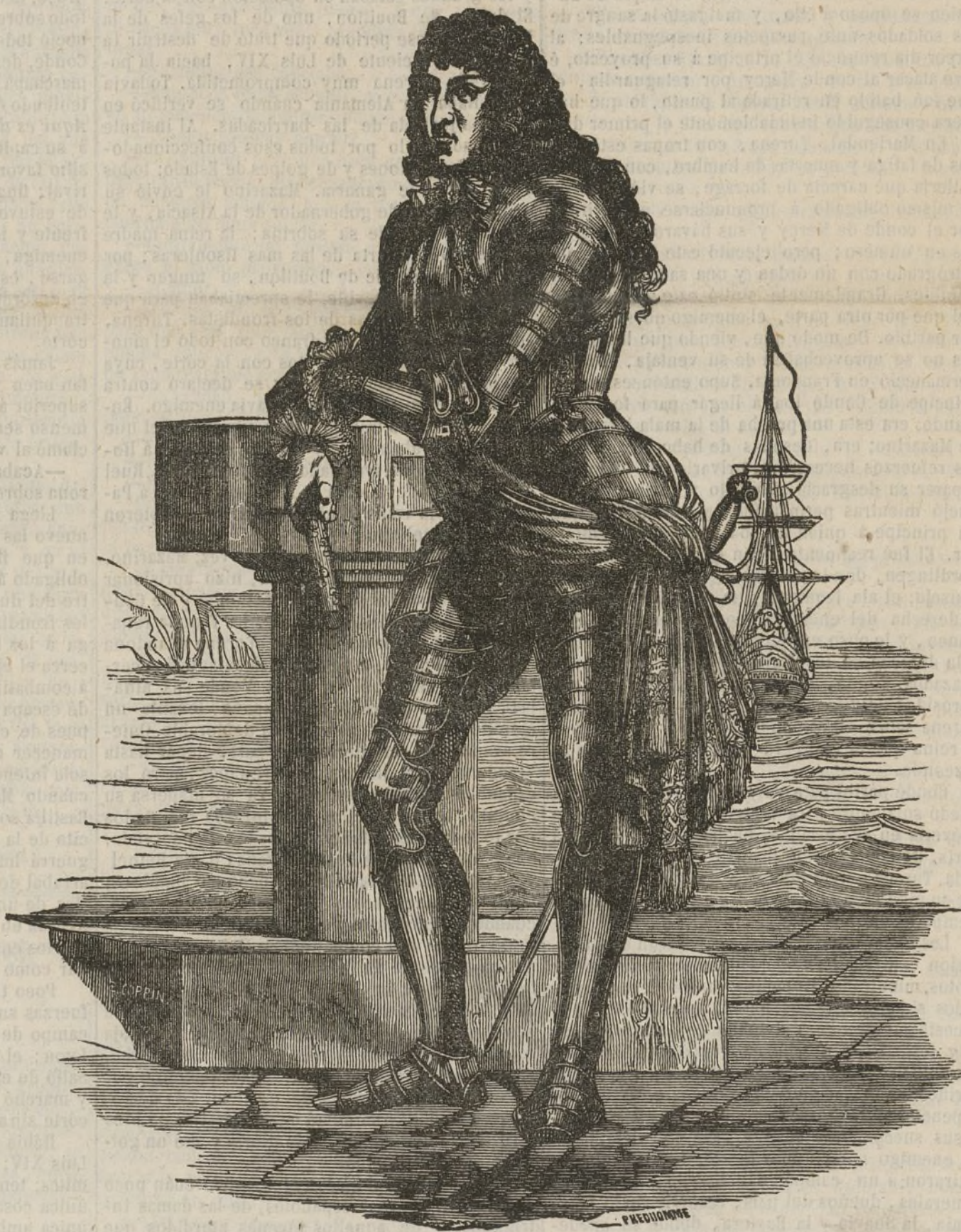
por los Tres Obispos. La falta de víveres había obligado al cardenal á retroceder.

Durante estas difíciles marchas fué cuando resaltó ese carácter humano y bienhechor, que hicieron fuera Turena idolatrado por sus soldados. Viendo á un hombre tendido al pie de un árbol, sucumbir al hambre y á la fatiga, para impedir que este desgraciado fuese destrozado por el enemigo, le colocó en su caballo hasta que encontró uno de sus carros, en el cual depositó al infeliz. Abandonó sus equipages en el camino, á fin de dejar los furgones á los heridos y enfermos.

Al año siguiente tomó el desquite el ejército francés en Saverno, que fué tomado después de un sangriento asalto. Turena fué herido allí tan gravemente en un brazo, que los cirujanos man-

militar continuó desempeñándola cumplidamente; en esta época Richelieu le envió conduciendo tropas al duque de Weimar, y asistió á la toma de Brisach. Pasando al Piamonte, hizo aquí toda la campaña del duque de Harcourt, su general. En Quiers, sostuvo con dos mil hombres una retirada contra nueve mil españoles. La serie de sus hazañas en el Piamonte, terminó por la toma de Turin.

Nombrado teniente general, hizo la campaña del Rosellon en tiempo de Luis XIII. A su llegada á París, Richelieu solicitó su amistad y le ofreció la mano de su sobrina. Turena se escusó con la diferencia de religión, y á pesar de esta excusa y de los lazos de su hermano, el duque de Bouillon con Cinq-Mars y de Thou, conservó el aprecio del cardenal. Sin embargo, no fué



daron al punto la amputación; felizmente curó mariscal hasta después de la muerte de Richelieu y de Luis XIII, cuando la reina madre y

Mazarino quisieron ligarle mas todavía á la causa del jóven monarca. Tenia entonces treinta y dos años. Su hermano, siempre turbulento, era el enemigo del nuevo ministro, como lo habia sido del anterior, y habia ido á Roma á mandar las tropas del papa.

En circunstancias tan difíciles, Turena dió prueba de una consumada prudencia; permaneció partidario de su hermano, y rehusó el título de duque de Chateau-Thierry, porque este favor hubiera perjudicado á los intereses del duque de Bouillon, á quien estaba prometido este ducado; pero tambien, durante esta fase de su vida, no mantuvo ninguna especie de comunicacion ó correspondencia con su hermano. No obstante, Mazarino, siempre desconfiado, quiso alejarle de Italia y le envió á Alemania. Era una especie de destierro.

Llegado á Alsacia organiza Turena un ejército, y con diez mil hombres bien armados y equipados, va á oponerse al conde de Mercy, que se habia aproximado á Fribourg. En el instante en que iba á atacar, se vió reforzado por el duque de Enghien, que le llevó tropas de refresco, y tomó el mando en jefe. Este fué el primer encuentro de estos dos grandes capitanes; el uno arrebatado, impetuoso, queriendo conseguirlo todo á viva fuerza, como dice Bosuet; el otro sosegado, impasible, calculándolo todo, y no dejando nada al acaso. En Fribourg se notó perfectamente la diferencia. Turena queria tomar la vuelta al enemigo, el duque de Enghien se opuso á ello, y malgastó la sangre de los soldados ante parapetos inespugnables; al tercer dia renunció el príncipe á su proyecto, é hizo atacar al conde Mercy por retaguardia, el que fué batido en retirada al punto, lo que hubiera conseguido indudablemente el primer dia.

En Mariendal, Turena, con tropas estenuadas de fatiga y muertas de hambre, con una caballería que carecia de forrage, se vió esta vez él mismo obligado á pronunciarse en retirada por el conde de Mercy y sus bávaros, superiores en número; pero ejecutó este movimiento retrógrado con un orden y una sangre fria admirables. Grandemente sintió este descalabro, del que por otra parte, el enemigo no supo sacar partido. De modo que, viendo que los bávaros no se aprovechaban de su ventaja, Turena permaneció en Franconia. Supo entonces que el príncipe de Condé iba á llegar para tomar el mando; era esta una prueba de la mala intencion de Mazarino; era, despues de haberle rehusado los refuerzos necesarios, privarle del honor de reparar su desgracia. Modesto y sumiso, no se quejó mientras permaneció bajo las órdenes de un príncipe á quien no podia menos de eclipsar. El fué realmente quien ganó la victoria de Nordlingen, donde se dió la batalla contra su consejo; el ala izquierda que mandaba, arrolló la derecha del enemigo, cogió el resto por el flanco, y le puso en derrota mientras el centro y la derecha de los franceses habian sido rechazados. Condé, con una franqueza y una generosidad muy loables, felicitó y dió gracias á Turena sobre el campo de batalla, y escribió á la reina que el éxito era debido enteramente al vizconde.

Condé partió para volver á la corte; Turena quedó solamente para restablecer al elector de Tréveris en sus estados, hecho lo cual volvió á París, donde Mazarino le hizo muy buena acogida. Turena obligó entonces al cardenal á aceptar su plan de alianza con los suecos, ya mucho tiempo hacia meditado.

Los imperiales y los bávaros sacaron de su posicion central una ventaja inmensa; podian obrar juntos, mientras los suecos y los franceses, separados siempre, jamás habian operado mas que sucesivamente. Pero el duque de Baviera, astuto y desleal por escelerencia, logró engañar á Mazarino con bellas promesas, y la alianza no se verificó. A pesar de esto, Turena pasó el Rhin y penetró en la Hesse, donde alcanzó á Wrangel y sus suecos, que iban á sucumbir delante de un enemigo mucho mas fuerte. Los aliados se retiraron á un campo atrincherado, y los dos generales, dueños del pais, recorrieron la Franconia, la Suavia y la Baviera, donde se apoderaron de plazas y almacenes. El duque de Baviera se vió obligado á solicitar la paz. Así, por medio de una marcha tan sabia como atrevida,

Turena habia caminado ciento cincuenta leguas en quince jornadas, y sin combatir habia hecho variar de aspecto los negocios.

Sin embargo, Mazarino se dejó todavía engañar otra vez por aquel astuto duque, y mandó á Turena separarse de los suecos; al punto los bávaros atacaron á Wrangel, pero Turena segunda vez acude en su socorro. La Baviera es invadida, y el anciano duque huye á Austria.

Ya se veia amenazada Viena, cuando los plenipotenciarios, que hacia cinco años estaban reunidos en Munster, firmaron la paz (24 de octubre de 1648). Todos quedaron persuadidos en Europa de que el famoso tratado de Westphalia, tan deseado y ventajoso, era debido principalmente á Turena. Por todas partes se le felicitaba, y en honor de sus últimas victorias que habian triunfado de la mala fé del bávaro, se acuñó una medalla con estas palabras: *Victoria fratre fidei ultrix*.

Habia veinte y cinco años que Turena hacia la guerra, y la paz estaba concluida; pero el reposo no era muy de su gusto. Entonces sobrevinieron en Francia disensiones intestinas, que le proporcionaron todavía nuevos, pero desplorables combates. La hacienda estaba arruinada; habia un ministro extranjero, odiado generalmente; un rey menor de edad; todo esto no era á propósito para restablecer los negocios; pretensiones, partidos poderosos dividían el Estado; los príncipes y el parlamento, el pueblo y los grandes estaban en oposicion con la corte. El duque de Bouillon, uno de los gefes de la Fronda, de ese periodo que trató de destruir la monarquía reciente de Luis XIV, hacia la posicion de Turena muy comprometida. Todavía se hallaba en Alemania cuando se verificó en París la jornada de las barricadas. Al instante se vió solicitado por todos esos confectionadores de revoluciones y de golpes de Estado; todos á ver quién le ganaria. Mazarino le envió su nombramiento de gobernador de la Alsacia, y le ofreció la mano de su sobrina; la reina madre le escribió una carta de las mas lisonjeras; por otra parte el duque de Bouillon, su muger y la duquesa de Longueville, le apremiaban para que ingresase en las filas de los frondistas. Turena, siempre reservado, fué franco con todo el mundo. No quiso entrar en tratos con la corte, cuya conducta creia reprensible, y se declaró contra el cardenal, sin mostrarse todavía enemigo. Entonces Mazarino trabajó en su ejército, del que una parte le abandonó, y Turena se retiró á Holanda. Habiendo arreglado el convenio de Ruel los intereses de la casa de Bouillon, volvió á París, donde la reina y el cardenal le recibieron con mucha solicitud.

Todo se trastornó por segunda vez; Mazarino, por un golpe de Estado audaz, hizo aprisionar en Vincennes á los príncipes de Condé y de Conti con el duque de Longueville. La Fronda renace con mas furor que nunca. Turena abandona entonces la corte, á pesar de las halagüeñas cartas de la reina y el cardenal. Vende sus alhajas, hace un convenio con España, levanta un ejército y comienza una guerra deplorable. Quiere avanzar en el interior del pais, llegar hasta Vincennes para librar á los príncipes, pero los españoles rehusan seguirle. Ya se dispersa su ejército, todos aquellos aventureros reclutados por todas partes están ya cansados del servicio, cuando el duque de Praslin avanza hácia Rethel. Turena habia llegado á reunir ocho mil hombres, tanto alemanes como lorenenses y franceses, cuando se encuentra en presencia de un ejército de veinte mil combatientes. Quiere retirarse; pero á través de un pais llano la retirada es difícil, y el enemigo sigue todos sus movimientos. Obligado á detenerse y combatir, carga con sus escuadrones la caballería francesa; se arroja espada en mano en lo mas revuelto de la lucha, y dos veces rodeado, se libra del enemigo por su valor y su presencia de espíritu. Esta derrota, en que perdió la mitad de su ejército, no hizo otro efecto que aumentar su gloria y dió un golpe mortal á la Fronda.

Turena abrió al fin los ojos, y vió cuán poco debia esperar de los españoles, de las damas intrigantes y de aquellos jóvenes aturdidos que habian sostenido ese partido; y convencido desde entonces que habia hecho mal en mezclarse imprudentemente á todas aquellas querellas, se

prestó á la tentativa que hizo la corte para atraerle. El jóven rey le habia escrito una carta muy lisonjera; además se concedió á su hermano todo lo que pedia; Turena volvió á París, donde fué perfectamente acogido. Condé quiso atraerlo, pero el vizconde se convenció de que no se fijaban en él si no para retenerlo en un partido caído en lo sucesivo y desacreditado. Era, por otra parte, demasiado prudente para servir á un hombre tan exigente, tan discolo, que no tenia contentos á amigos ni á adversarios. La regencia confiada á los cuidados de un prelado y de una muger, le era mucho mas ventajosa, puesto que llegaba á serle desde entonces indispensable; en caso de guerra, era él quien debia representar el mas bello papel. Todos estos motivos le determinaron, y desde aquel momento su adhesion al rey fué sincera. Así mostró mucha diligencia en aceptar el mando de una parte del ejército, pero dividiendo el mando con el mariscal de Hocquincourt, que, sin embargo, era menos antiguo que él.

Desde luego ganó en Gergeau una accion tan decisiva, que la reina madre le atribuyó el honor de haber *salvado el Estado*; fueron sus expresiones. Turena, siempre esciesivamente modesto, dijo que no era sino una ventaja de poca consideracion. Las tropas de Condé habian estado á punto de llevarse la corte á Gien. El espanto era grande; se hablaba de llevar al rey á Bourges; Turena no quiso, porque siempre era peligroso, decia, huir delante de los rebeldes. Tomó todo sobre su responsabilidad; sin embargo, conoció todo lo que la posicion tenia de critica. Condé, despues de haber batido á Hocquincourt, marchaba contra él con catorce mil hombres, no teniendo él mas que cuatro mil que presentarle. *Aquí es donde hay que perecer*, dijo friamente á su capitán de guardias. Habia escogido ya un sitio favorable para atraer á él á su imprudente rival; fingió un terror pánico, y luego que Condé estuvo empeñado en un desfiladero, hizo frente y le abrasó con su artillería; la columna enemiga, que no habia tenido tiempo de desplegarse, experimentó sérias pérdidas y se retiró en desorden, mientras que el vizconde volvia tranquilamente á Gien, donde tranquilizó á la corte.

Jamás Turena se habia mostrado tan hábil, tan buen táctico, tan valiente, tan grande, tan superior á todos los sucesos. Habia hecho un inmenso servicio al reino; así la reina madre exclamó al verle:

—Acabais de colocar por segunda vez la corona sobre la cabeza de mi hijo.

Llega bajo las murallas de Etampes, bate de nuevo las tropas del príncipe, y en el momento en que iba á apoderarse de la ciudad, se ve obligado á volver atrás para marchar al encuentro del duque de Lorena, que iba en socorro de los frondistas. Por sus estratégicas medidas obliga á los lorenenses á retirarse, y aguija tan de cerca el ejército de los príncipes, que le obliga á combatir en uno de los arrabales de París. Condé escapa, gracias á que los ciudadanos, despues de cerrar las puertas al principio para permanecer neutrales, se deciden á abrirlas con la sola intencion de salvar al príncipe. Entonces es cuando Mademoiselle, dispara el cañon de la Bastilla sobre el ejército real; sin esto, el ejército de la Fronda hubiese sido destrozado, y la guerra hubiese concluido allí. El combate del arrabal de San Antonio habia durado todo un dia. Mas de una vez se vió á los dos gefes arrojar espada en mano en medio de la confusion, cubiertos enteramente de sudor y de sangre, y cargar como simples soldados.

Poco tiempo despues, Turena, cercado por fuerzas superiores, se vió en gran apuro en su campo de Corbeil; la corte hablaba ya de ir á Lyon; el vizconde se opuso á ello vivamente. Salió de esta critica posicion casi sin combatir, y marchó derecho á París, donde entró con la corte sin accidente alguno. Condé salió de Francia.

Habia asegurado ya en Francia el reinado de Luis XIV; gozaba entonces de un crédito sin límites; tenia el mando en jefe de los ejércitos, única cosa de que estaba celoso, y que era su única ambicion, ambicion muy legitima, puesto que era el resultado de la conciencia que tenia de su inmensa capacidad. No hacia caso alguno de las riquezas, y frecuentemente consagró su

suelo y los dones del rey al servicio del Estado ó al socorro de sus soldados. En el sitio de Saint-Venant, deshizo su vajilla de plata y la dió como paga á sus tropas, que no recibían nada de sueldo. Prestó sumas considerables á los Stuardos, cuya causa había abrazado con mucho calor y profunda convicción; jamás se quejó de no haber sido reembolsado; sin embargo, sus cargos y sus empleos constituían toda su fortuna. Los habitantes de una ciudad le ofrecían 300,000 francos porque no hiciese pasar su ejército por su territorio.

Guardad vuestro dinero, les dijo, vuestra ciudad no está en mi camino.

En 1653 se casó con la hija del duque de la Force, rica heredera, no para enriquecerse, sino por cariño y por reconocimiento al padre. Después de la muerte de su mujer, que acaeció á los pocos años de una unión muy feliz, volvió la dote á su suegro.

En 1654 le enviaron contra los españoles, de los que Condé era el auxiliar; Turena halló en Champagne un enemigo superior en número, del que se desembarazó, sin embargo, por medio de marchas admirables, que con razón se han comparado á las de Fabio delante de Anibal. Después hizo levantar el sitio de Arras á los españoles, que se habían resguardado allí con una doble circunvalación. A pesar de la Ferté y de Hocquincourt que querían disuadirle de ello, arrolló las líneas enemigas al primer choque.

En vano hizo Condé mil esfuerzos para contener el desorden; el enemigo se retiró precipitadamente hacia Cambray. La experiencia acababa de probar que en presencia de un enemigo parapetado en sus líneas, la iniciativa del movimiento y la elección de un sitio favorable para el ataque, daban una gran ventaja á los que asaltaban. Mas tarde, en Valenciennes, por la ignorancia y la obstinación del mariscal de la Ferté, los franceses incurrieron en la misma falta que los españoles en el sitio de Arras. Se establecieron en vastas líneas de circunvalación, cuyos puntos todos se vieron obligados á guardar, tanto á vanguardia como á retaguardia, lo cual diseminó sus fuerzas. La Ferté, sorprendido, fué batido y hecho prisionero. Turena se pronunció en retirada hacia el Quesnoy, con una calma perfecta y magnífica unión. Después de este acontecimiento, hubo sitios de poca importancia, marchas y contramarchas, que demostraron una grande habilidad entre los jefes sin producir ningún resultado.

En esta época fué cuando los dos héroes del siglo, hasta allí muy corteses uno con otro, aun batiéndose, se incomodaron grandemente á consecuencia de un despacho interceptado, y en el que Turena criticaba muy severamente las maniobras de Condé. Este respondió en una carta cuyo lenguaje era muy duro, y la enemistad que de todo esto resultó, se enconó de tal modo, que los dos rivales no se reconciliaron de ningún modo hasta que se hizo la paz de los Pirineos, en su entrevista en San Mauro. No obstante, permitido es creer que esta reunión fué muy embarazosa, y que jamás se unieron sinceramente, especialmente por la confianza exclusiva de la corte en Turena, lo que no debía contribuir poco á mantener aquella separación.

(Se concluirá.)

UN RAMILLETE DE MADAMA PREVOST.

(Conclusion).

La orquesta dió la señal para una contradanza, y naturalmente se disolvieron los grupos. Entre los que los formaban, unos fueron apresuradamente á hacer sus invitaciones; los otros, y al frente de ellos Wilhem de Steimberg, se dirigieron á la sala de juego; los demás, entre los que hay que contar á Enrique, permanecieron simples espectadores del baile.

Apenas había pasado una hora, las parejas del baile fueron poco á poco disminuyendo. La noche tocaba á su fin, y la deserción iba manifestamente á poner un término á la fiesta.

Cada contradanza era anunciada como la última, como la contradanza de gracia.

Enrique no había abandonado su puesto. Recostado á una columna, y con las miradas instintivamente fijas en la entrada de la sala de juego, parecía absorto en una penosa reflexión. De repente, su fisonomía brilló con esa viva y rápida luz que proyecta sobre las facciones del que medita el fuego de una súbita inspiración, y se dirigió con pasos febrilmente acompasados hacia el salón destinado á los jugadores.

Había muchas mesas colocadas en distintos sitios de aquella habitación. Un número crecido de personas rodeaba cada una de ellas. El oro y los diversos billetes, representando el valor de las puestas, llenaban el tapete. Aquí se jugaba al whist, allí á la ruleta, en otra parte al golfo, y mas lejos á otros juegos distintos. Hubiera sido difícil encontrar en igual disposición, y reunida en un mismo sitio, mas variedad de caminos y medios para buscar la fortuna ó la ruina.

Enrique dió con una aparente indiferencia la vuelta al rededor de todas las mesas, y vino finalmente á fijarse cerca de la ocupada mas especialmente por sus amigos. Se jugaba en ella al ecarté. Wilhem de Steimberg, si es permitido decirlo, limpiaba el tapete. El conde estaba de suerte aquella noche. No abandonaba el sitio. Al fin de la partida descubrió á Enrique.

—¿Qué viento te trae por aquí? le dijo alegremente. Tú, que jamás juegas, ó que al menos lo haces muy rara vez, ¿vendrás á tentar fortuna?

—Sí, tengo ese capricho.

—Entonces toma asiento, y procura quebrar en tu beneficio la suerte que me persigue.

—¿Cómo! ¿deseas perder?

—Sí, porque hace una hora gano de una manera escandalosa. He desbancado á cinco ó seis de nuestros amigos, y á la verdad, me abochorna algo tanta suerte.

—Ciertamente no tardará en cambiar; así lo exige el sabio proverbio.

—¿Cómo?

—Tú has sido hoy demasiado feliz en amor, para que seas feliz tambien en el juego; sería mucha felicidad á la vez, replicó Enrique con un imperceptible acento de ironía.

—Es verdad, y por eso me quejo. Veamos, ¿cuál es tu puesta?

—Fíjala tú mismo.

—Diez luises á cinco tantos, ¿te conviene?

—Muy bien.

Hubo una corta pausa para dejar á los puntos tiempo para arreglarse; después se empeñó la partida.

La suerte parecía, en efecto, querer abandonar al conde Wilhem. Enrique tenía marcados cuatro tantos y su contrario uno solo. Le tocaba á Wilhem barajar. Le tocó el rey.

De repente, y con un movimiento rápido, Enrique se apoderó de las cartas que su adversario acababa de dejar sobre el tapete, anunciando el tanto, y con voz balbuciente en su comprimida espresión:

—Conde de Steimberg, le dijo encarándose á él con resolución, acabais de hacer el pego, ¡sois un infame!

Y le lanzó la baraja al rostro.

Wilhem saltó sobre su asiento, y arrojó á manera de protesta una especie de grito salvaje. Sin respeto al sitio, á los circunstantes y á sí mismo, iba evidentemente á lanzarse al cuello del que le insultaba, y luchar cuerpo á cuerpo con él; pero muchos de los testigos de aquella escena se interpusieron entre ellos y consiguieron contener al ofendido.

—¡Tal ultraje á mí, conde de Steimberg! exclamó con una voz alterada por las lágrimas dolorosamente comprimidas de su orgullo sin límites.

Pasó muchas veces su pañuelo por la frente, menos para enjugar el abundante sudor en que estaba bañada, que con la idea maquinal de borrar la huella del insulto que acababa de imprimirse en ella.

—¡Yo hacer trampas! ¡Yo, conde de Steimberg, robar al juego! repetía con el mismo acento lleno de amargura. ¡Ah! ¡padecería mucho menos si oyese que me acusaban de un crimen!

Instantáneamente los juegos habían cesado, y de todos lados acudían á agruparse al centro mismo de la disputa. Formaban corro, en una palabra.

Por lo demás, la habitación donde se daba aquel escándalo, estaba situada á una de las estremidades del palacio, y su ruido no podía llegar sino muy debilitado á los distantes salones de la fiesta.

Por otra parte el baile concluía. La mayor parte de las familias habían marchado. El príncipe mismo y su joven sobrina se habían retirado á sus habitaciones. Solo algunos pocos aficionados tenían ya ocupada la orquesta. Estas diversas circunstancias constituían para los promovedores de aquel escándalo la ventaja de estar como á puerta cerrada.

—Apartad, hème ya mas tranquilo, replicó Wilhem dirigiéndose á los que le detenían. Dejadme, dejadme hablarle. Ahora soy dueño de mí mismo, y ya no hay que temer que olvide mis deberes de caballero.

Desde el primer momento, y á imitación de su adversario, Enrique se había levantado, y permanecía siempre de pie junto á la mesa que todavía les separaba, y llenaba de este modo el oficio de línea de demarcación entre los dos campos. Sus amigos respectivos les rodeaban, y los demás circunstantes, colocados paralelamente á los lados, parecían esperar con curiosidad un resultado.

Wilhem avanzó dos pasos, y apoyándose sobre la mesa, se dirigió á su agresor.

—Veamos, Enrique, le dijo con una voz trémula de emoción y de cólera, si no eres víctima de un rapto de locura, vas al momento á declarar que te has equivocado, que has mentado; vas á retractar tu odiosa acusación, y á esplicarnos el motivo de ella; es preciso. Veamos, responde.

—De nada tengo que retractarme, respondió Enrique.

—Pero desventurado, tratando de insultarme, piensa en ello, te deshonras á tí mismo. Si intentas decir que yo, el conde de Steimberg, que poseo una gran fortuna, que tiene muy bien sentada su reputación de dissipador, lo confieso, pero que goza tambien de la merecida reputación de un hombre de honor, á fé mía, si intentas decir que yo he querido estafarte algunos luises, nadie te creerá.

—Siempre que se presente la ocasión, y mientras yo viva, diré, porque para ello me dais derecho, diré que el conde de Steimberg es un hombre deshonorado.

—¡Maldición!

—Y como jamás hasta ahora he pronunciado una mentira, me creerán.

—Tenacidad abominable! Mira, aun insisto; si tienes un motivo secreto para querer que nos matemos, no me niego á ello. Busca un pretexto cualquiera, le admito de antemano como bueno. ¡Actúame de la monstruosidad que te agrada inventar, pero no de una bajeza, por Dios!

—No puedo retractarme de lo que he dicho, replicó sencillamente Enrique.

—¿Quieres, pues, provocar entre nosotros un combate á muerte? dijo el conde, dando frenético un golpe sobre la mesa.

—Estoy á tu disposición, dijo Enrique con una tranquilidad que le costaba dolorosos esfuerzos fingir.

—Ahora mismo es indispensable se me dé una satisfacción, ¿lo oyes?

—Ahora mismo, yo tambien lo quiero.

—¡Monstruo de ingratitud, yo que te amaba tanto!

—Tambien yo te amaba antes que me obligases á despreciarte.

—Vamos, bastante he dicho ya para tranquilidad de mi conciencia. De las palabras pasemos á obrar. Ha llegado el momento de vengar mi ultraje y castigar tu insolencia.

—Y para mí, de castigar tu infamia.

—¡Sea! Dios va á decidir entre nosotros. Armas tenemos, nuestras espadas. Escojamos nuestros testigos, y que ellos decidan lo demás.

Ningun arreglo era posible, y la idea de una avenencia se rechazó por las dos partes, en cuanto fué propuesta. La misión de los testigos debía, pues, limitarse á fijar el lugar del combate, y á una simpática y prudente asistencia.

Dirigiéronse hácia la estremidad del parque, en el que se encontraba la estufa. Aquella parte exterior del bosque está á orillas del río, donde muchas aberturas ocultas se veían en la pared que cerraba la posesion. Esta disposicion ofrecia asi la facilidad de verificar una pronta retirada terminado el combate. Tal era por lo menos, lo previsto por los jueces de honor de la lucha, al fijarse su eleccion en aquel sitio.

Los jugadores que habian asistido al lance quisieron ver el desenlace. Ninguno se retiró. Un afectuoso interés y la curiosidad despertada, les retenia allí á unos y otros. La discrecion y la conveniencia les habia impuesto el deber de no seguir á los rivales, pero iban y venian por las calles de la estufa, haciendo conjeturas entre sí y atentos al menor ruido, esperando el fin del suceso.

Era la hora del alba. Los primeros fulgores del día penetraban penosamente la bruma del horizonte. Aquella luz vaga bastaba, sin embargo, para guiar la vista y la mano de los adversarios, y para alumbrar con su siniestro resplandor un asesinato.

Una vez designado el terreno, pronto estuvieron las espadas fuera de la vaina. Se acometieron uno á otro con una vivacidad que participaba del furor y del frenesí. Asi que el duelo no duró nada. En el corto espacio de un minuto, comenzó y concluyó. Casi repentinamente, la espada de Enrique se deslizó por el brazo del conde Wilhem, cuyas carnes desgarró profundamente; en el mismo instante, el acero de este se abrió paso en el pecho del jóven, y llegó directamente al corazon.

Apenas el conde de Steimberg retiró su arma, la arrojó lejos toda manchada de sangre. Luego, aturdido y manchado con la misma sangre que brotaba de su herida, ganó una de las salidas de la pared y se alejó con precipitacion del teatro donde se representaba aquella escena de duelo.

Enrique llevó maquinalmente la mano al sitio donde habia recibido la herida, y sin pronunciar una palabra se dejó caer en los brazos de sus amigos que se habian reunido á su redor.

Justamente alarmados, fueron estos de parecer, que puesto no podian ellos decidir acerca de la gravedad de la herida, ni podian disponer el remedio, su primer deber era ir inmediatamente á pedir consejo y socorro, y su primer cuidado librar al herido de la mala impresion del frio. Acordado esto y apresuradamente, reunieron sus esfuerzos y trasportaron á su compañero inerte, á la tibia atmósfera del jardín artificial. Sin duda era llevar la perturbacion á una casa hospitalaria, y atraer sobre ellos, de parte del príncipe, merecidos reproches, si no por el hecho presente, por el hecho primitivo del desafio en su misma casa. Pero estas consideraciones de delicadeza cedieron en su ánimo ante las exigencias de una dolorosa solicitud, y la poderosísima razon de humanidad.

Después de atravesar el triste acompañamiento la puerta de la estufa, se dirigieron hácia el primer espacio de verdor que se les presentó. Depositaron al herido sobre el banco de césped que coronaba en semicírculo el otero. Por una coincidencia providencial, aquel lugar de descanso era el mismo donde tres horas antes habia pasado Enrique algunos instantes, los mas deliciosos acaso de su vida, en compañía de la princesa Elena.

Aquel punto agreste fué bien pronto invadido por el tropel de paseantes, multitud compuesta en su mayor parte de jóvenes que después de la cena habian sido oradores y oyentes en el círculo en que Wilhem se habia permitido tan escandalosas frases con motivo del ramillete de la princesa. Cada uno dió su parecer. Lo que mas prodigan los hombres son los consejos. Los mas avisados corrieron en busca de un médico. Otros, modestamente serviciales, trajeron hachones. Todos estuvieron unánimes en cuanto á reconocer la herida sin tardanza, y algunos se ofrecieron á hacer con sus labios la succion, á fin de llamar á ellala sangre.

Para conseguir este objeto de salvacion problemática, creyeron deber desnudar al herido. Pero desde las primeras tentativas, Enrique, quien á pesar de su estado de desvanecimiento no ha-

bia perdido la conciencia de que vivia, Enrique opuso una tenaz é invencible resistencia á aquella disposicion á auxiliarle.

—¡Dejadme! ¡dejadme! repitió con un enérgico esfuerzo y con una voz conmovida con el acento de la agonía.

Repetidas veces intentaron vencer aquella tenaz resistencia del moribundo, y siempre en vano.

En el instante mismo en que fué herido, Enrique llevó la mano á su corazon, lo repetimos; y después su mano no habia abandonado aquel sitio; entonces, y á medida que la vida parecia apagarse en él, aquella mano la crispaba mas y mas convulsivamente contra su herida, mientras que con su brazo izquierdo impedia obstinadamente que se acercasen.

—¡Dejadme! ¡dejadme! repetia con una voz imperiosa todavia en su solemne debilidad.

Por fin llegó el doctor, como llegan en general los remedios á los males de cualquier clase que nos afligen, demasiado tarde. Llegó en el momento mismo en que Enrique exhalaba su último suspiro, murmurando su última palabra, ¡un nombre! murmurándole tan bajo, que nadie pudo oírlo. Pero muchos sorprendieron el secreto de aquel nombre en el juego mimico de los labios del moribundo.

¡Moria antes de haber cumplido sus veinte y dos años!

Sin embargo, á pesar de la triste evidencia, el doctor quiso intentar un último esfuerzo, y ver y sondar la herida. Separaron, y no sin algun trabajo, separaron de aquel corazon helado la mano tenaz que no dejaba de comprimirlo, y parecia impedir todavia que se aproximasen. En fin, pudieron desabrocharle la casaca y el chaleco, y le desgarraron violentamente la camisa.

Entonces, y repentinamente, la estraña conducta del jóven durante aquella noche de reunion, la disputa del juego, el combate, y hasta la lucha que en su agonía acababa de sostener contra sus amigos, todo se explicó.

Con sorpresa general, y provocando viva emocion en todos, encontraron en el pecho de Enrique, sobre su mismo corazon, encontraron empapado en sangre, y desecho por la espada del conde Wilhem de Steimberg, el ramillete de la princesa Elena, el ramillete de Mad. Prevost.

USO DE LA CASTAÑA DE INDIAS.

Al ver sembrado en las calles de nuestros paseos el fruto del castaño de Indias, todos se admiran de que la ciencia no haya sabido todavia utilizar este producto; pero no se tarda mucho en sospechar la causa, cuando por acaso se lleva á la boca una de esas voluminosas y bonitas castañas con que los niños se divierten; un amargo fuerte y áspero nos impresiona al punto desagradablemente la lengua. ¿Basta este defecto para abandonar completamente el cultivo de la castaña de Indias como materia nutritiva? No lo creemos. Nadie ignora el mal sabor de la aceituna arrancada verde del árbol, y no obstante, se sabe el uso ventajoso que de ella se hace. Los medios por medio de los que se hace bueno para comer el fruto del olivo, bastan para hacer desaparecer el mal gusto de la castaña de Indias. En efecto, si se tiene cuidado de mondar las castañas, de lavarlas suficientemente para obtener su fécula, si se hace en seguida macerar en agua esta fécula durante diez ó doce dias; si luego se lava de nuevo la materia, y por último, si se coloca el postrer residuo en un tamiz muy fino, de modo que solo el agua pueda pasar, se recoge en el tamiz un almidon sin amargo, y que posee las mismas cualidades que el del trigo. Este procedimiento para obtener la fécula de la castaña de Indias, privada del mal sabor, por la lavadura del agua, es ya muy antiguo; muchos sabios han hecho sus estudios especiales sobre él desde el año 1615, época en que el castaño de Indias fué trasportado de Constantinopla á Paris por Rochelier, y que el primero de estos árboles introducido en Francia se plantó en uno de los patios del Hotel de Soubise. El trabajo de Mr. Bon, presidente del tribunal de Cuentas de la ciudad de Montpellier, remonta

al año 1720; mas tarde el célebre Parmentier y el sabio é ilustre Baumé, hicieron muchos experimentos sobre este fruto, y todos fueron coronados de un éxito completo. La fécula del castaño de Indias se emplea con ventaja en Alemania como almidon, para la fabricacion del engrudo para el uso de los papelistas y encuadernadores; en los departamentos del Eure y del Isère, se obtiene la fécula por preparaciones particulares, cuya base es siempre el agua; se llega á darle la blancura y la suavidad de los mas hermosos almidones de semillas. Preparada asi, puede reemplazar á la patata en todos sus usos, y proporciona un alimento muy sano. En 1757, Mr. Marcandier preconizó el empleo del agua de lavaduras del castaño de Indias, para blanquear la ropa y el lavado de las telas de lana. Esta misma agua que ha servido para lavar y preparar la fécula, goza tambien de la propiedad de limpiar las telas de seda sin destruir sus colores. Y no es esto todo, la pulpa constituye un alimento agradable para ciertos animales. En Constantinopla se da el fruto del castaño reducido á polvo á los caballos, mezclado al salvado, para evitar que estos animales padezcan el huérfago, ó para curarlos esta enfermedad: en Anchin, Flandes, se estrae de él un aceite que sirve para arder y aun para comer. En fin, la corteza de la castaña de Indias es útil para el curtido. Como se ve, este fruto tan despreciado tiene mas usos que lo que generalmente se cree.

MISCELANEA.

LA CORRESPONDENCIA DEL REY DE PRUSIA Y DEL SACRISTAN.—El sacristan de la iglesia catedral de Berlin escribió un dia al rey Federico II:

«Señor, advierto á V. M.: 1.º que faltan libros de canto para la familia real; advierto á V. M.: 2.º que falta leña para calentar como se necesita la tribuna real; y 3.º advierto á V. M. que la balastrada que está sobre el río detrás de la iglesia, amenaza ruina.

«Firmado.—Smith, sacristan de la catedral.» El rey de Prusia se divirtió mucho con esta carta, y dió la respuesta siguiente:

«Advierto al señor sacristan Smith: 1.º que los que quieran cantar pueden comprar los libros; 2.º advierto al señor sacristan Smith, que los que quieran calentarse pueden comprar la leña; 3.º advierto al señor sacristan Smith, que la balastrada que hay sobre el río no le importa nada, ni tiene que ver con ella; en fin, advierto al señor sacristan Smith, en 4.º lugar, que no quiero tener mas correspondencia con él.»

EL AMOR Y EL MATRIMONIO.—Aconsejaban á un hombre, que tenia una pasion poco digna de él, que se casase con una persona que le propusieron. Dijéronle que el matrimonio era un buen remedio. Siguió el consejo, y no se curó de su pasion, é hizo unos versos en que decia:

«Yo creia que el sacramento me curaria de mis amores, y que en esta dulce union no tendria coqueta el alma.

«Yo habia hecho un gran juramento; sin embargo, mi indiscreta boca no deja de decir piropos tiernamente á Luisa.

«El himeneo me ha jugado una mala pieza, me ha arrojado mi amor, y no estoy pagado.

«Pero conozco la causa, y es que casándome con Margarita no me he casado con Luisa.»

DESEOS DE UN JURISCONSULTO.—Mr. Enrique Erskine, escocés y famoso abogado, habiendo encontrado un dia en el teatro de Edimburgo á lady Wallace, la hizo un cumplido sobre su brillante salud.

—Como, le dijo ella, estoy gruesa como una ballena.

—¡Ay! replicó este, yo quisiera ser Jonás.

—¡Qué! ¿tres dias y tres noches, señor Erskine?

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE MELLADO,

calle de Sta. Teresa, núm. 8.